

En un pueblo olvidado por el mundo, escondido entre colinas y recuerdos desvanecidos, se alzaba una vieja casa con contraventanas azules. Allí vivía un relojero anciano llamado Ilie. Su casa estaba repleta de relojes: de pared, de bolsillo, de cuco, eléctricos y mecánicos. Pero el más especial de todos era un gran reloj polvoriento, escondido en el desván.

Nadie sabía con certeza por qué Ilie se negaba a repararlo. Aquel reloj no había hecho tic-tac en décadas, y el anciano evitaba cualquier pregunta sobre él. Se decía que el reloj tenía una conexión extraña con el tiempo mismo—que cuando dejó de latir, algo invisible también se detuvo en el pueblo: tal vez el flujo del tiempo, tal vez el olvido.

Un día, un niño curioso llamado Doru se coló en el desván. Encontró el reloj cubierto por una gruesa telaraña. Impulsado por una coronada, giró la gran llave de latón. En ese momento, el reloj comenzó a latir. Lento, firme, vivo.

El viejo Ilie, sintiendo la vibración, subió apresuradamente las escaleras. Encontró a Doru mirando con asombro el mecanismo tras el cristal agrietado.

Ilie le dirigió una sonrisa triste, casi nostálgica.

—Parece que el tiempo solo estaba en pausa —dijo en voz baja—. Pero ahora... ahora debemos ver qué viene después.